

Era la copa del árbol que había favorecido la salida y la entrada de Chiquita.

El tronco, aserrado por Sigognac y sus amigos, cedió á las leyes de la gravedad, siendo en su caída dirigido de manera que formase un punto de union, por encima del agua, entre el borde del foso y la ventana del aposento de Isabel.

Vallombreuse, sorprendido ante la súbita irrupcion de aquel árbol que metia su cuarto á espadas en una escena de amor, soltó á la jóven actriz y desenvainó la suya, dispuesto á recibir con la punta de la hoja al primer asaltador.

Chiquita, que había entrado de puntillas, ligera como una sombra, tiró de la manga á Isabel, y le dijo:

—Refúgiate detrás de este mueble, que va á comenzar la danza.

Tenia razon la niña, pues apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando en medio de la oscuridad de la noche resonaron dos ó tres pistoletazos.

La guarnicion había venteado el ataque.

LA SORTIJA DE AMATISTAS.

Mientras el Rasgado, Merandol y las matachines al inmediato servicio del duque, que este había traído consigo, atravesaban el foso en la busca de un modo de salir y caer sobre el enemigo por la espada Malartie, el Fco, el Chispo y Bocatorcida, subiendo los escalones de cuatro en cuatro, se precipitaron dentro del aposento de Isabel para sostener el asalto y acudir en auxilio de Vallombreuse.

La copa del árbol obstruía la ventana, ya muy estrecha de sí, y sus ramas se extendían casi hasta la mitad de la pieza, lo que imposibilitaba presentar un ancho frente de combate á los asaltadores.

Malartie con el Chispo se colocó á un lado contra la pared, é hizo que se pudiesen al otro lado, frente de él, Bocatorcida y el Fco para que no tuviesen que sufrir el primer impetu de la embestida y pudiesen atacar con ventaja.

Antes de penetrar en la plaza era preciso salvar aquella valla de matachines que aguardaban con la espada en una mano y la pistola en la otra al enemigo.

En la copa del árbol que había favorecido la salida y la retirada de Chiquita.
El tronco, aserrado por el viento y sus amigos, cedió á los golpes de la gravedad, y cayó sobre el asalto, cubriendo con su masa el camino de la salida.
Yallombreuse sorprendido al oír el ruido de la caída, se precipitó á ver qué había sucedido.
Al salir con la punta de la hoja al primer asaltador.
Chiquita, que había estado de puntillas, ligera como una pluma, se lanzó á la fuga, y le dijo:
— ¡Escóndete detrás de este mueble, que va á comenzar la danza.

LA SORTIJA DE AMATISTAS.

Temo razon...
Las palabras...
La guarnición había ventado el ataque.

Todos se habían vuelto á poner sus carabinas, pues ni-
guo de aquellos hombres buenos que ser reconocido en
caso de tomar las cosas mal seguras, y con el rostro negro,
inmóviles y silenciosos como espíritus, en imponente el es-
pectáculo que ofrecían.
— ¡Hombres de cupidos el rostro con una máscara! — dijo
Malartie en voz baja á Vallombreuse. — es malo que os vean
en la retrega.
— ¿Y á mí que me importa? — respondió el joven duque: —
no temo á nadie en el mundo.

CAPÍTULO XVII.

LA SORTIJA DE AMATISTAS.

Mientras el Raspado, Merindol y los matachines al inme-
diato servicio del duque, que este había traído consigo, atra-
vesaban el foso en la barca á fin de efectuar una salida y caer
sobre el enemigo por la espalda, Malartie, el Feo, el Chispo
y Bocatoreida, subiendo los escalones de cuatro en cuatro, se
precipitaron dentro del aposento de Isabel para sostener el
asalto y acudir en auxilio de Vallombreuse.

La copa del árbol obstruía la ventana, ya muy estrecha de
sí, y sus ramas se extendían casi hasta la mitad de la pieza,
lo que imposibilitaba presentar un ancho frente de combate
á los asaltadores.

Malartie con el Chispo se colocó á un lado contra la pared,
é hizo que se pusiesen al otro lado, frente de él, Bocatoreida
y el Feo para que no tuviesen que sufrir el primer ímpetu de
la embestida y pudiesen atacar con ventaja.

Antes de penetrar en la plaza era preciso salvar aquella
valla de matachines que aguardaban con la espada en una
mano y la pistola en la otra al enemigo.

Todos se habian vuelto á poner sus carátulas, pues ninguno de aquellos honrados nenes queria ser reconocido en caso de tomar las cosas mal sesgo, y con el rostro negro, inmóviles y silenciosos como espectros, era imponente el espectáculo que ofrecian.

—Retiraos ó cubrios el rostro con una máscara,—dijo Malartic en voz baja á Vallombreuse,—es inútil que os vean en la refriega.

—¿Y á mí qué me importa?—respondió el jóven duque;—no temo á nadie en el mundo, y cuantos me hayan visto no les quedará ocasion de contarlo,—añadió blandiendo su espada de un modo amenazador.

—Llevad cuando ménos á otra sala á Isabel; la Elena de esta nueva Troya, á quien una bala perdida podria desfigurar, lo que seria lástima.

Juzgando prudente el consejo, el duque avanzó hácia Isabel que con Chiquita se habia guarecido detrás de un gran cofre de roble, y la cogió en brazos á pesar de los esfuerzos de la jóven, que se agarraba á todos los relieves de las esculturas, pues sobreponiéndose á las timideces de su sexo, preferia permanecer en el campo de batalla, expuesta á las balas y á las espadas que no hubiesen hecho más que quitarle la vida, á permanecer sola con Vallombreuse al abrigo del combate, pero expuesta á ataques que hubieran matado su honor.

—Soltadme,—gritaba Isabel forcejando y cojiéndose desesperada á las jambas de la puerta,—pues conocia que Sigognac no podia estar léjos.

Por fin el duque logró abrir la puerta, é iba á arrastrar á Isabel á la inmediata pieza, cuando la jóven se escapó de sus manos y corrió hácia la ventana; pero Vallombreuse arremetió de nuevo á ella y echándole los brazos por la cintura la levantó y en esta disposicion penetró con su preciosa carga en la sala inmediata.

—Salvadme,—proferia con voz débil la desdichada, sin-

tiendo perder sus fuerzas,—salvadme, Sigognac.

En aquel instante oyóse un frote de ramas, y una voz fuerte que parecia venir del cielo pronunció estas palabras:

—¡Aquí estoy!

Y con la celeridad del rayo una sombra negra pasó entre los cuatro matachines, con tal ímpetu, que se hallaba ya en medio de la sala cuando casi simultáneamente aquellos dispararon sus pistolas.

Por algunos instantes las nubes de humo determinadas por la cuádruple descarga envolvieron á los combatientes y ocultaron el resultado producido por las balas; cuando aquellas se hubieron disipado algo, los perdonavidas vieron á Sigognac, ó por mejor decir al capitan Estruendo, pues no le conocian por otro nombre, blandiendo la espada y sin otra herida que la pluma de su fieltro cortada, cuyo milagro se explica si se tiene en cuenta que las baterías á ruedas de las armas que empuñaban los matachines no jugaron con bastante rapidez para que las balas le alcanzasen á su inesperado y rápido paso. Pero Isabel no estaba allí. El duque, aprovechándose del tumulto, se la habia llevado medio desmayada. Una puerta sólida y un cerrojo corrido se interponian entre la pobre comediante y su generoso defensor, ya muy embarazado con defenderse contra aquella banda que se le echó encima.

Afortunadamente, con la ligereza y flexibilidad de la culebra, Chiquita, en la esperanza de ser útil á Isabel, se habia deslizado por la entreabertura de la puerta en pos del duque, quien en medio del desorden de su accion violenta y del ruido de las descargas, no reparó en ella, tanto más cuanto esta se escondió con presteza en un oscuro rincon de la extensa sala, débilmente alumbrada por una lámpara colocada encima de una mesa.

—Miserables, ¿dónde está Isabel?—gritó Sigognac no viendo á la jóven actriz;—acabo de oír su voz.

—No nos la habeis dado á guardar,—respondió Malartic con la mayor sangre fria del mundo,—y hacemos por otra parte muy malas dueñas.

Y diciendo estas palabras, precipitóse con la espada alta sobre el Baron, quien le recibió á pié firme.

No era Malartic un adversario que pudiese despreciarse; despues de Lampourde, pasaba por el espadachin más hábil de Paris. Sin embargo no era tirador para luchar mucho tiempo contra Sigognac.

—Vigilad la ventana mientras estoy ocupado con este,—dijo el matachin en voz baja al Chispo, Bocatorcida y al Feo, que volvian á cargar sus pistolas á toda prisa.

Al mismo instante un nuevo sitiador penetró en el aposento haciendo el peligroso salto. Era el Intrigante, á quien su antiguo oficio de titiritero y de soldado habian familiarizado con esta clase de ascensiones obsidionales. De una rápida ojeada vió que las manos de los perdonavidas estaban ocupadas en verter pólvora y balas en sus armas, y que habian colocado sus espadas á su lado; con la presteza del rayo, aprovechóse de un momento de incertidumbre del enemigo admirado de su exabrupta entrada, hizo un haz con las espadas y las arrojó por la ventana; luego se arrojó sobre el Feo, cogiéndolo á brazo partido y se hizo una rodela con su enemigo, colocándolo delante y dándole vueltas de manera que siempre le oponia como blanco á las bocas de las pistolas dirigidas contra él.

—Por Satanás, no dispareis,—aullaba el Feo medio sofocado por el nervioso brazo del Intrigante,—no dispareis; me romperíais los riñones ó la cabeza, y me seria doblemente sensible morir á manos de mis amigos.

Para no dar á Bocatorcida y al Chispo ocasion de apuntarle por la espalda, el Intrigante habia tomado la precaucion de arrimarse á la pared, oponiéndoles al Feo como muralla; y con el fin de cambiar el punto de mira, sacudia de una parte á otra al matachin, quien, aun cuando sus piés toca-



UN MOCETON, PASANDO POR ENCIMA DE LAS RAMAS, HIZO SU ENTRADA
EN MEDIO DEL COMBATE